



El viaje de mis maletas invisibles

ANNY FABIANA BENÍTEZ
ESCALONA

(SEGUNDO LUGAR – ENSEÑANZA MEDIA)¹

Soy Clara Castillejos, nací en Venezuela, el 05 de abril del año 2008. Tenía 11 años cuando mi madre tomó la decisión más dura de mi vida: salir de mi país. No fue un capricho ni un impulso, fue una necesidad. En mi pueblo ya no había trabajo, las

cuentas se acumulaban en la mesa de mi madre y yo sentía que la vida se me encogía, como si todo lo que soñaba quedara atrapado en una habitación sin ventanas.

Recuerdo el día de la despedida como si todavía lo estuviera viviendo. Mi abuela me abrazó con tanta fuerza que me dolió, como si quisiera pegarme a su pecho para que no me fuera. Mis amigos, pensando en todas las cosas que habíamos vivido, me preguntaron si iba a volver pronto. Les sonréí con lágrimas en los ojos y les prometí que sí, aunque dentro de mí sabía que era una promesa un poco difícil de cumplir.

Llevaba solo una maleta morada con dos mudas de ropa, una foto familiar y un cuaderno de tapas duras. Pero lo que realmente me acompañaba no cabía en ninguna maleta: eran recuerdos, olores,

¹ Liceo Municipal Metropolitano de Adultos.
Primero Medio.

voces, canciones, y un miedo enorme que me apretaba el estómago. El autobús nos llevó hasta la frontera con Colombia, y desde la ventana veía cómo mi mundo se iba quedando atrás. Las montañas, los ríos, las casas de los vecinos... todo parecía querer despedirse. Cada kilómetro que pasaba me hacía sentir más ligera y, al mismo tiempo, más vacía.

El cruce por las fronteras fue uno de los momentos más duros. El ambiente estaba lleno de tensión: niños lloraban, maletas rodaban por el suelo, oficiales revisaban papeles con miradas frías. Cuando el sello golpeó mi pasaporte, sentí un nudo en la garganta. En ese instante dejé de ser “vecina” y “ciudadana”, para convertirme en “extranjera”.

Después vino uno de los tantos autobuses en los que nos íbamos a subir. Nunca había tenido que salir de mi país y, mientras arrancábamos, miré por la ventanilla y me despedí en silencio de mi tierra. No sabía si la volvería a ver igual.

La ciudad que me recibió era todo lo contrario a lo que conocía. El aire era frío, las calles parecían no terminar nunca, y las palabras eran una muralla que me dejaba aislada. Cada cartel, cada anuncio en el metro, cada conversación a mi alrededor era un canto extraño. Me sentía pequeña, perdida, invisible.

Los primeros días fueron una mezcla de miedo y esperanza. Nos alojamos en una habitación diminuta, compartiendo cocina con otras personas que también habían dejado todo atrás. Cada noche abría mi cuaderno y escribía:

—Hoy aprendí una nueva palabra chilena

—Hoy me perdí en el metro, pero una señora me ayudó.

—Hoy lloré porque extraño la comida de mi abuela.

Ese cuaderno se convirtió en mi refugio, en la prueba de que cada día, por pequeño que fuera, estaba construyendo algo nuevo.

Mi madre consiguió trabajo en un restaurante y mis hermanas y yo empezamos a estudiar. Al principio apenas entendía lo que mis compañeros me decían. Me temblaban las manos y temía cometer errores. Pero con el tiempo fui aprendiendo frases, gestos, y descubrí que una sonrisa abría más puertas que cualquier palabra. Poco a poco, dejé de sentirme invisible.

Sin embargo, mis maletas invisibles nunca me abandonaron. Había noches en que las abría sin querer: el olor del guiso de mi abuela, la risa de mis amigos jugando en la calle, la voz de mi abuela llamándome desde la ventana. Esos recuerdos dolían, pero también me sostenían. Eran mis raíces, mi fuerza.

Lo curioso es que, sin darme cuenta, empecé a llenar nuevas maletas invisibles. En ellas guardé mi primera conversación fluida con alguien de nacionalidad chilena, la amistad con compañeros que me acogieron con cariño, el descubrimiento de un plato nuevo que terminé adorando. Mi vida se fue mezclando: lo que traía conmigo y lo que iba aprendiendo allí.

Un día, mientras caminaba por un parque cubierto de hojas amarillas, me di cuenta de algo importante: emigrar no había significado abandonar. Significaba transformar. Mi país seguía vivo en mí, en cada gesto, en cada recuerdo, en cada

palabra que pronunciaba con acento distinto. Y al mismo tiempo, esa ciudad extraña también comenzaba a formar parte de mí, con sus luces, su ritmo acelerado y sus oportunidades.

Hoy sé que no hay regreso que me devuelva intacta lo que dejé. Si vuelvo, ya no seré la misma, ni lo será mi tierra. Pero tampoco me siento vacía. Llevo conmigo lo más valioso en esas maletas invisibles: mi pasado, mi presente y mis sueños.

Y aunque nadie pueda verlas, esas maletas son lo único que realmente importa en mi viaje.

*Imagen de este archivo: “Todos los colores” y “Afiche”, de Nemesio Antúnez.

